

Exilios II

Andrés Reynaldo

*Todavía con el rostro perplejo de sueños llegamos al umbral
[de los grandes ascensores.
Vísperas de televisión y cena al instante,
hemos despertado antes del alba
al zumbido de un reloj digital.
(En la mesa de noche un catálogo de compras.)
Alfarero, alfarero, ¿de qué arcilla es tu cántaro?
Nuestras casas sobre libros de cuentas.
Treinta años de utilidad
(en la cama hablamos de las primas del seguro)
basta que las cañerías y los canalones, las ménsulas y las
[jambas, los alféizares, los montantes, el tejado,
se desmoronan en puntual rapsodia.
A través de paredes de cartón escuchamos el gruñido de los
[secadores de pelo
y el trino de los pájaros que nunca vemos volar.
Árida la piel,
alergias a punto,
el aire acondicionado alcanza la humedad mínima,
y de golpe se desfloran los claveles.
Alfarero, alfarero, ¿de quién soy enemigo?
Un ominoso crepitar persiste en los muebles que cambiamos antes
[de pagar
y entre las nubes veladas por la cortina de hollín.
La termita sustituye al dragón en nuestras mitologías
y el Diluvio es un mediocre rocío de escorias.
Abrimos el periódico sobre las frías tostadas;
titulares a tientas entre sorbos de jugo de naranja en polvo:
ABANDONADAS EN UN LUMINOSO LABERINTO
LAS RATAS DE LABORATORIO SE ARRANCAN LOS OJOS.
Sólo recordaremos los anuncios.
Cuatro mil años de estética para vender un detergente.
Nuevo.
Nuevo.
El sol a nuestros pies con un cepillo embetunado de fábrica.*

*Letra críptica en esa nota que nos dejamos en la puerta del
[refrigerador.*

*Alfarero,
¿de quién me evitas,
de dónde ya no vengo?
En la intestina travesía del metro,
en la autopista recién barrida por perpetuas máquinas,
nos preguntamos una y otra vez si pusimos la alarma contra robos.
Saciado está en El Engranaje nuestro Edipo.
Detrás de anatómicos escritorios ciframos infinitos fragmentos.
Música enlatada por debajo del asordinado teclear.
Insomnes cámaras en los pasillos,
en las escaleras de servicio, en el singular rincón,
frente a la caja fuerte que guarda los expedientes.
Ahora peligramos de nuestra intimidad.*

Base a Delta,

Base a Delta:

intruso en la Sala de Archivos.

Cambio.

*Oprimimos el teclado
y asoma en la pantalla
el arcoiris que arderá en octubre sobre los edificios sin
[ventanas,
el peso cúbico de los océanos,
la ruta del moho en la corteza del roble.
Todo lo podemos predecir,
excepto el precio de las propias acciones.
Afables especialistas tratan de moderar nuestro poder,
la tentación de usar la red con fines personales.
En sesiones a la hora del almuerzo discutimos los últimos
[reglamentos
y versiones condensadas de la Biblia de Lutero:
empleados y jefes en productiva comunión.
A veces nos regalan grabaciones de la brisa en el bosque.*

Aquí Delta.

El Intruso es Tres Personas y una Sustancia.

*De la sección C a la sección X sostenemos el tapiz de infalibles
[circuitos.
Miríadas de oscuras cigüeñas se relevan a lo largo del eléctrico
[plano.*

*Pero ninguno sabe cuál punta sostiene ni cuál es el diseño.
Alfarero, alfarero, ¿a qué arcilla me atas?
Aúlla la buena,
en la primaria luna,
nuestro horror a quedar fuera del sistema.*

*Una tecla en falso
y otro
ocupa nuestra terminal.
Más allá del Número Prístino,
con la espiga de cuarzo del Control Maestro,
la Operación bilvana la Máscara.
Deuteronomio:
«Les voy a ocultar mi rostro,
a ver en qué paran».
En la cornisa del rascacielos
la paloma alimenta a su cría
con tiras de papel.*



Carlos Alfonzo. De la serie *South Miami Hospital*. (1990)